

LA ENSEÑANZA DEL LATIN. El latín fué instrumento poderoso de formación espiritual para los hombres que gobernaron al país u orientaron su cultura o su inquietud o su apetencia de saber, durante el transcurso del siglo XIX o en los primeros lustros de nuestra centuria, en que los últimos representantes de aquellas promociones ejemplares prolongaron su benéfico influjo. Y porque su estudio respondía a una fuerte necesidad interior, a un insobornable impulso íntimo, lo conocieron y lo practicaron a modo de eficiente gimnasia intelectual aun quienes no habían tenido tiempo de someterse a la metódica disciplina de los cursos regulares. Más tarde la "lingua mater" desapareció de nuestros planes: sólo se mantuvo en los estudios superiores de la Facultad de Filosofía y Letras —en forma no siempre eficaz por la falta de base en muchos alumnos— o en los del Instituto Nacional del Profesorado Secundario (Secciones de Literatura e Historia), y aspiró a constituir el alma del bachillerato de tipo humanista del Colegio Nacional de Buenos Aires, dependiente de la Universidad.

Pero en época reciente su enseñanza se generalizó para el ciclo secundario, si bien debía chocar y chocó desde el principio con la escasez numérica de los aspirantes a impartirla, con los criterios dispares de quienes podían hacerlo y con la falta de tradición —rota ésta por tantos años de desapego para el idioma del Lacio—, que es factor tan decisivo en el aprovechamiento del valor substancial de esta disciplina en su carácter formativo.

Así no es de extrañar que, aun reimplantado, el latín no haya podido enseñarse normalmente en todos los institutos y, hecho más inquietante para las familias argentinas, que se haya advertido una particular dificultad para asimilar sus conceptos y aprovechar sus esencias en la mayoría de los estudiantes, de tal suerte que la materia se convierte para ellos en una de las más arduas y espinosas del programa. Nos llegan a ese respecto manifestaciones numerosas de padres que se fundan, naturalmente, en la experiencia de sus hijos y de los compañeros de éstos. Desde luego, el fenómeno dista de ser novedoso o exclusivo de nuestro medio educacional. El aprendizaje del latín ha sido siempre y en todas partes más o menos penoso para los educandos y hace mucho tiempo que los que han tratado de esta llamada "cuestión del latín" han reconocido que sólo siete u ocho años de estudio continuo y metódico, por parte de mentes despejadas, pueden otorgar un conocimiento suficiente de ese idioma. Aunque parezca extraño, esas dificultades se producen incluso en pueblos cuya historia, cuya formación están más directa y hondamente emparentadas con la cultura del Lacio, como Italia, heredera de una tradición inseparable de su propio existir. Tenemos precisamente a mano un testimonio en alto grado ilustrativo. Es la carta remitida a una revista de Milán por una destacada profesora que toca el asunto que nos ocupa. "Una mirada a los cuadros de los resultados de exámenes de casi todas las escuelas medias de Italia —comienza diciendo— pone de relieve un bajísimo porcentaje de alumnos promovidos en latín".

¿Se ha de seguir de esta y otras comprobaciones similares que conocemos, la ineficacia de los cursos de latín y la conveniencia de suprimirlos? De ninguna manera. Esa disciplina es necesaria y útil, aunque no hubiera de rendir sino por excepción sus frutos más apetecibles. También hay otras asignaturas, como las matemáticas, en las que no descuellan muchas inteligencias infantiles y a nadie se le ocurriría borrarlas por eso de los planes de estudios. Se ha dicho alguna vez con razón que, aun cuando no se llegue a saber bien el latín, siempre será ventajoso "haberlo estudiado". Con ello se alude a la excelente gimnasia mental, insuperable tal vez en ciertos aspectos que el cultivo de esa lengua comporta y que se recomienda más en épocas como la actual, de marcada tendencia al irracionalismo. El provecho intelectual de ese estudio, aun aplicado a actividades que nada tienen que ver con la erudición o con las letras, se ha evidenciado rotundamente más de una vez. Hace algunos años, al discutirse en el parlamento de Francia la cuestión de los cursos respectivos proyectada por el ministro Léon Bérard, se invocaron en su favor los resultados de una encuesta promovida entre los grandes industriales, negociantes y hombres de empresa, todos los cuales estuvieron de acuerdo en que aquellos de sus empleados que habían estudiado latín mostraban una gran superioridad sobre los otros en cuanto a la comprensión inmediata de teorías, planes o recursos y en cuanto al desarrollo simplificado, metódico y fecundo de sus tareas. No hace falta, por lo demás, aludir a lo que el conocimiento del idioma en cuestión significa como ingrediente indispensable de toda cultura humanística.

Reconocida la necesidad de mantener la referida enseñanza, lo que cumple es en todo caso averiguar las causas y buscar los remedios de sus actuales deficiencias. Es lo que intenta hacer la profesora italiana antes citada, para la cual la causa primera no está en los alumnos, sino más bien en la escuela, en los programas y en los profesores, aunque se guarda de advertir que en estos últimos no por culpa propia, sino por las condiciones en que la misma escuela los coloca al imponerles una tarea complejísima sin suministrarles elementos didácticos y directivas eficientes. De sus consideraciones se desprende que el principal obstáculo está en el programa, que ella conceptúa tolerable en el primer año, menos en el segundo y francamente absurdo en el tercero, por su extensión y las dificultades inaccesibles que propone a las mentes todavía infantiles. El abuso de la teoría, la profusión de reglas y excepciones que esos programas registran, constituyen exigencias imposibles de satisfacer ni siquiera en parte. La autorizada educadora abunda en observaciones y reflexiones encaminadas en general a demostrar la urgencia de reducir y simplificar extraordinariamente la enseñanza en el aspecto indicado, poniendo en cambio a los alumnos en más pronto contacto con algunos modelos de la latinidad, mediante la lectura, la traducción y el comentario explicativo. La respuesta del director de la revista a esta interesante epístola no hace sino corroborar sus apreciaciones, pues el autor reconoce también las penurias que le fueron impuestas en sus pretéritos días de ejercicios latinos. Nos parece que de todo lo dicho anteriormente se derivan algunas saludables sugerencias que quizás podrían ser tomadas en cuenta entre nosotros para orientar mejor, mediante reformas y modificaciones oportunas, la enseñanza del latín en nuestros institutos de educación media. — *La Nación*, Buenos Aires, 8-II-1952.

\* \* \*

DEMOCRACIA Y RELIGION, por A. Messineo. — La democracia contemporánea nació bajo el signo del agnosticismo religioso. Hija del iluminismo, llevó impreso su sello sobre su joven frente, manifestando en sus ideas y en sus acciones la herencia paterna, a la que permaneció fiel por mucho tiempo y de



la que aun no saben disociarla muchos contemporáneos. Cuando, por ejemplo, se oye exigir en los discursos parlamentarios y en la prensa de ciertas tendencias políticas, alguna de las cuales parecía haber abandonado determinados principios ya anacrónicos, la necesidad del laicismo en el Estado frente a toda religión, no puede partarse el pensamiento de aquellos tiempos lejanos, en los cuales la democracia se afirmaba después de haber arruinado el antiguo régimen con la exigencia primera y fundamental del más riguroso laicismo o del indiferentismo religioso. Sin duda hoy, especialmente los llamados demócratas progresivos, defienden una democracia agnóstica, movidos por principios un tanto diversos de los que propagó el iluminismo; pero la conclusión es idéntica no solamente en el campo especulativo, sino también en el práctico; la democracia liberal fué en realidad perseguidora de la fe religiosa católica, como hoy lo es la democracia progresiva; dondequiera ha podido consolidar su dominio sobre pueblos desventurados. Por tanto, la herencia paterna permanece sustancialmente sin mudanza: agnosticismo religioso para las antiguas corrientes liberales, republicanas y socializantes; ateísmo combativo para las corrientes rígidamente marxistas, necesaria e inevitable consecuencia del indiferentismo, que más pronto o más tarde ha de traducirse en oposición al credo religioso, como lo demuestra la historia.

Esta alusión al tiempo presente tiene solamente por finalidad el demostrar la actualidad del tema que intentamos tratar, manteniéndonos en el campo especulativo de los principios, desde cuya altura se puede, con mayor facilidad, contemplar el panorama de las ideas modernas para determinar su verdad o su error con un criterio superior, sustraído a las vicisitudes de la política contingente. Alcanzar una altura dominante, fuera del área brumosa en la que se agita la sociedad moderna, es hoy quizás más necesario que nunca, porque en torno a la democracia se multiplican las columnas de humo para impedir la visión exacta y un arrebatarse casi la esperanza de discernir con claridad para determinar algunas ideas fundamentales.

Nuestro propósito, por tanto, es el de esclarecer la atmósfera, disipando en cuanto sea posible los bancos de niebla, que se hacen cada día más densos, artificiosamente producidos, con frecuencia, por quien sólo reportará ganancias de la subvención de los valores divinos o ingenuamente asimilados por cuantos se sienten atraídos por el ídolo democrático o la halagadora voz de la libertad.

\* \* \*

La democracia contemporánea, como hemos dicho, nació agnóstica. La filosofía del iluminismo, por más que en apariencia fuese una orgullosa afirmación de la razón humana, se redujo en sustancia a ser una confesión de su pobreza...

Sobre bases agnósticas e individuales se fundó el concepto de la soberanía popular. Cada uno de los individuos, como ser perfectamente autónomo, es soberano en sí mismo, y de tal manera soberano, que no puede enajenar esta su soberanía sin negarse a sí mismo; con todo, según el mecanismo del contrato, el individuo cede sin enajenarlo parte de su poder, de tal suerte, que mediante esta cesión viene a resultar el cúmulo de soberanías fraccionadas que constituye la soberanía nacional. El engranaje de la vida social permanece dependiendo en todos sus elementos de la voluntad de todos y de cada uno.

Si examinamos ahora este esquema en orden a los postulados religiosos, se verá cómo toda la vida social, en cualquiera de sus aspectos, viene a ser, en el sistema de la democracia absoluta, una organización puramente laica, por no decir atea o descreída, que serían los términos más propios...

La sociedad democrática, como no reconoce la dependencia de Dios, tam-

poco admite ningún deber de culto hacia la divinidad. No existe religión alguna, ni natural ni positiva, a cuyos preceptos debe conformar su vida y su estructura; si acaso, su religión será la religión de la humanidad, vaporoso sentimentalismo sin ningún valor normativo. El Estado democrático, no sólo tiene obligación de profesar religión alguna, sino que no puede hacerlo, en virtud de su misma constitución intrínseca, ya que no le cabe renunciar al absolutismo de su soberanía sin destruirse a sí mismo.

\* \* \*

Las consecuencias de esta actitud agnóstica hacia la divinidad se extienden inevitablemente hasta el campo del derecho. No es posible, evidentemente, admitir ya un derecho divino que tenga su fuente en un orden establecido por la voluntad del ser supremo. Aun el derecho natural, que se admite, queda despojado de todo carácter sagrado y se reduce a una exigencia natural, descubierta por la razón y racionalísticamente concebida...

De este incondicionado voluntarismo jurídico se deduce que ninguna de las religiones positivas existentes en el cuerpo social puede hacer valer ante el Estado llamado democrático derecho alguno propio que se derive de su origen o de su interna constitución.

\* \* \*

De cuanto se ha expuesto hasta aquí se puede deducir con facilidad cuáles son las características del nuevo orden social introducido en la democracia contemporánea, en cuanto al factor religioso, por oposición al del antiguo régimen. En primer lugar, el Estado democrático agnóstico y laico no reconoce como propia ninguna religión, ni hace profesión de fe alguna...

En segundo lugar, su actitud hacia la religión equiparándola a cualquiera otra opinión personal, es la de total indiferencia.

La Iglesia, como todas las otras confesiones religiosas, en el Estado democrático queda sometida al derecho común, que la voluntad soberana habrá establecido según un criterio totalmente propio, sin tener en cuenta su interno derecho o su ordenación canónica. Así, en un estado organizado según este principio atomístico, que considera solamente los individuos y excluye a las asociaciones no políticas, la Iglesia como sociedad visible y jerárquica no existe, ni puede ser incluida en el ordenamiento jurídico, para el cual solamente hay ciudadanos que profesan una determinada opinión religiosa, en este caso la católica, como pudiera ser cualquiera otra o una asociación de ateos. Sobre esta base no es posible relación alguna del Estado democrático con la Iglesia en cuanto tal...

Las relaciones entre la Iglesia y el Estado deben, por tanto, basarse sobre el principio de la total separación. El Estado democrático no reconoce a la Iglesia como institución unitaria con su particular estructura social...

En sustancia, la fórmula y el principio de la total separación —Iglesia libre en el Estado libre—, mientras en apariencia afirma la mayor libertad de la Iglesia, en realidad la subordina al Estado, a cuyas leyes debe siempre someterse se elevaban a los cielos los himnos más intensos y más altos a la libertad.

La historia de las ideas y de su práctica, que es el mejor criterio de su interpretación, debería hacer pensar mucho a ciertos modernos patrocinadores del Estado laico, que, aun desde las filas católicas, lanzan piedras contra aquellas instituciones definidas como medievales o retrógradas, condenándolas como opresivas de la libertad, mientras que, con una manifiesta parcialidad en la elección de los hechos históricos, cubren públicamente la tiranía religiosa más extensa, que se instauró bajo el régimen de la separación, al mismo tiempo que se elevaban a los cielos los himnos más intensos y más altos a la libertad.

\* \* \*



Nos preguntará quizá el lector, que hasta aquí nos ha seguido, qué utilidad tiene esta evocación histórica de los principios teóricos y de las fórmulas jurídicas de la democracia moderna en relación con el problema religioso, cuando, al correr de los años y tras de tantas experiencias acumuladas, estos principios y estas fórmulas han sido sometidas a un largo proceso de revisión. La democracia de hoy no es ya la democracia creada por el iluminismo y promovida por el liberalismo: mucha agua ha pasado bajo los puentes para que se pueda retornar a la antigua política disgregadora. Quisiéramos compartir el optimismo de nuestro inteligente lector, pero no podemos. Indudablemente, muchos prejuicios han caído, pero la mentalidad de la democracia presente no puede juzgarse cambiada en muchos aspectos. Asistimos, pues, con sorpresa a la formación de algunas tendencias, aun entre católicos, en favor de los llamados principios del 80, que se quieren presentar como exigencias de una nueva civilización, a la cual el pensamiento católico debe adaptar su concepto de libertad.

Siempre estamos dispuestos a combatir por la justa libertad, pero no estamos dispuestos a aceptar el nuevo derecho democrático cual lo formuló la Revolución francesa. La diferencia entre la doctrina religiosa y esteseudoderecho, aun cuando se le despoje de su fundamental agnosticismo religioso, es tan profunda, que ninguna argumentación sutil y aguda podrá jamás superarla; y por ello es oportuno disipar ciertas ilusiones nocivas a la rectitud de la doctrina y de la acción. — La Civiltà Cattolica, Roma y enero de 1951.

LUCES Y SOMBRAS EN EL CATOLICISMO DE HISPANOAMERICA, por Félix Ojer Aristizábal. — Los que consideran el catolicismo de la América latina como una "supervivencia lánguida" de imperio hispanoamericano, no sólo hacen poco honor a la ejemplar actitud de la Jerarquía y fieles iberoamericanos, empeñados en la obra de recristianización de esos veintiún países, sino que demuestran no conocer la crisis formidable que durante más de un siglo ha puesto a prueba el catolicismo de la América latina. Las guerras con todos sus males, la interrupción de la influencia católica de las antiguas metrópolis, el trastorno de las instituciones católicas de enseñanza y de reclutamiento de clero, la tirantez en las relaciones entre la Santa Sede y los Estados por la eterna cuestión del Patronato; finalmente, el soplo de libertad contraria a los principios católicos que invadió estos países, son otras tantas causas (no todas) de la crisis del catolicismo latinoamericano durante el siglo XIX. Crisis que hay que tenerla muy en cuenta al enjuiciar la situación católica actual, ya que, si siempre es difícil llevar a cabo una obra de cristianización a fondo, lo es mucho más cuando las fuerzas están debilitadas por una opresión secular.

Haremos a continuación una mera enumeración de problemas que se le plantean a la Iglesia iberoamericana y de esfuerzos que ella realiza por resolverlos.

### PROBLEMA CAPITAL, LA FALTA DE CLERO

Cuando la Iglesia necesita dar la batalla en todos los campos, se encuentra con que no dispone de soldados, no tiene sacerdotes. Los 25.000 miembros de ambos cleros son una cifra ridícula para 154 millones de habitantes centro y suramericanos, católicos casi en su totalidad. Tiene la América latina el 35 por 100 de los católicos de todo el mundo y, en cambio, no dispone más que del 7 por 100 de los sacerdotes. Teóricamente, en la América latina corresponderían a cada sacerdote de 6.000 a 7.000 fieles, cuando la proporción ideal es de 1.000 por cada sacerdote. Pero, estas cifras no reflejan fielmente la realidad. Hay que contar con dos factores importantes: los sacerdotes que no se dedican

a<sup>1</sup> ministerio parroquial y las enormes distancias en que se halla diseminada la población de los campos, distancias de las que en Europa no tenemos idea. Un ejemplo de lo primero nos lo da Costa Rica, capital: para 800.000 habitantes tiene 200 sacerdotes, de los cuales más de 100 se dedican a obras importantes que no son el ministerio parroquial. En cuanto a las distancias, baste decir que en Uruguay, uno de los países menos extensos, con buenas comunicaciones, hay poblaciones del interior que no ven al sacerdote en cinco años. Y Uruguay figura entre las naciones mejor provistas de clero.

## ATRASO CULTURAL. ANALFABETISMO

En el campo educacional, la primera desgracia que la Iglesia lamenta es el analfabetismo en que viven 70 millones de hijos suyos, de los cuales 19 millones son niños y jóvenes en edad escolar, según las cifras aducidas en el Congreso Cultural Interamericano (O. N. U.), de Méjico (1951). El segundo de los males es la escuela laica, que se mantiene en doce países por lo menos, no obstante ser católicos más del 90 por 100 desus habitantes. Notemos de paso que allí donde se ha dado opción (Argentina, Brasil, Bolivia, Costa Rica), la opinión pública se ha declarado a favor de la enseñanza religiosa en los centros del Estado. En otros países la ley, que permite la enseñanza religiosa en los centros oficiales, no puede ponerse en práctica sino en parte, por falta de profesores preparados. Finalmente, aun en aquellas naciones en que se enseña la religión católica en las escuelas, no es plenamente satisfactoria la situación de la enseñanza privada, ya que los centros de la Iglesia se ven obligados a restringir, social y extensivamente, su obra docente en perjuicio de los fieles y del país entero.

Otro motivo de preocupación para la Iglesia es la disolución de la familia. El divorcio, sancionado por la ley civil, es en algunos pocos países la mayor ruina de la familia. El mal ejemplo influye en otras naciones: en algunas se lucha en favor de la ley que admita el divorcio y en otras se publican anuncios de abogados que lo tramitan en el extranjero. Pero además, sobre todo en zonas desprovistas de sacerdotes, abundan los concubinatos, que a veces los fomenta la ley, al menos indirectamente, al dar valor de matrimonio a la simple convivencia durante un tiempo determinado. Por último, el libertinaje en todas sus formas y matices, difundido a través de la propaganda oral y escrita, del cine, de la radio y de la televisión, es otro factor que mina la solidez de la familia cristiana. Consecuencia de todo son el analfabetismo, la delincuencia infantil, el alcoholismo y otras lacras, que tanto lamentan los buenos católicos iberoamericanos.

De los estados latinoamericanos puede decirse en general que, aunque mantienen\* su separación de la Iglesia, están de ella mucho más cerca que estaban afectiva y efectivamente. Todos los países menos uno han establecido relaciones cordiales con la Santa Sede y en sus Constituciones demuestran algo más que benevolencia para la Iglesia. Existen todavía en las leyes graves resabios del laicismo pasado; pero es lícito esperar que desaparecerán y pronto, sobre todo si los católicos siguen manteniendo alto su pabellón no sólo en el terreno de los principios, sino en el de las obras.

## FUERZAS ANTICATOLICAS EN ACCION

Esta es la situación en Iberoamérica de las instituciones basilares del catolicismo. No hay que alvidar, sin embargo, que varias fuerzas anticatólicas pretenden sacar partido del momento actual.

El comunismo, allí donde existe una cuestión social o indigenal un poco



aguda, trata de explotarla para sus fines. Así, en Bolivia, Colombia, Puerto Rico, Guatemala, etc. La América Central, por su importancia estratégica, parece ser especialmente codiciada por el comunismo internacional. Y toda la América latina recibe el influjo de la Confederación de Trabajadores C. T. A. L.), el organismo de mayor fuerza para la propaganda de las ideas comunistas. Finalmente, en los países en que el comunismo está fuera de la ley o tiene poco que hacer entre la clase obrera, por falta de problema social, el marxismo es el que progresa entre los intelectuales.

También el protestantismo, sobre todo en las últimas décadas, ha hecho un colosal esfuerzo de penetración y de conquista del ambiente, en general muy hostil. Sus conquistas han sido importantes, pues ha fundado universidades, escuelas teológicas, colegios, hospitales, mientras lanza al público una avalancha de revistas y publicaciones de todo género y difunde frecuentes programas de radio. El número de sus adeptos no han aumentado mucho, pero ha echado las bases de una acción que fructificará tarde o temprano.

El espiritismo constituye, en algunos grandes países, el primer peligro para la fe de las gentes sencillas e ignorantes. El secreto de sus progresos es que se presenta como aliado del catolicismo, engañando así a la gente inculta.

La masonería, en fin, que cuenta con una tradición tan arraigada en estos países, sigue atenazando a los hombres de figuración en la vida nacional, celebrando asambleas generales y lanzando campañas enderezadas a combatir las instituciones católicas de mayor importancia.

## LA REPLICA DEL CATOLICISMO

La Iglesia conoce todos estos males y peligros y trata de poner remedio a ellos.

Contra la escasez de clero trabajan con verdadero empeño y no poco fruto la Jerarquía y fieles por medio de congresos y campañas vocacionales y obras de fomento de vocaciones. En Europa y América, a instancias de la Santa Sede, los superiores de las Ordenes y Congregaciones religiosas van destinando allá a muchos de sus miembros. Y entre tanto, surgen también obras que agrupan a los sacerdotes del clero secular para enviarlos, con las debidas garantías, al mismo campo de apostolado. Es cierto que la solución de un problema de tales proporciones requerirá mucho tiempo, pero, por eso mismo, cualquier dilación sería fatal. Urge, pues, prestar toda clase de ayuda, por insignificante que parezca.

## EN EL TERRENO ESCOLAR

Las diez universidades de la Iglesia, con más de 10.000 alumnos, y las 7.800 escuelas y colegios, con 1.600.000 escolares de ambos sexos, son el mejor exponente de la aportación católica a una obra tan necesaria en América latina como es la educación. Así lo han reconocido en el Congreso Cultural de Méjico representantes izquierdistas de países dominados por el laicismo. A pesar de todo, la Iglesia no creará haber cumplido con todo su deber mientras no vea realizado el voto del Padre Santo al recomendar que las escuelas de la Iglesia "no sean un lujo y menos aún un privilegio para las clases más pudientes", voto que no podrá ser realidad mientras la legislación de todos los estados no cree a los centros de la Iglesia un ambiente de libertad más auténtica. En este campo es justicia reconocer la meritoria labor de los Congresos Interamericanos de Educación Católica, el último de los cuales se ha reunido en Río de Janeiro en octubre de 1951.

## EN EL CAMPO SOCIAL

No se puede desconocer que la Iglesia ha tenido siempre buena parte en la legislación social, organización de sindicatos obreros, reivindicación de los derechos de la clase trabajadora, creación de obras de asistencial social, etc. La Obra de la Empleada en Argentina, el Círculo Operario del Brasil, por citar algún ejemplo, son obras que prestigian a la Iglesia y ganan para ella a la clase trabajadora.

En el plano político no se deja sentir menos la preocupación y la influencia de los católicos, no obstante lo mucho que queda aún por hacer. Por su rotundo éxito mencionaremos la fórmula hábil y amplia, adoptada en el Brasil por la Liga Electoral Católica, que permaneciendo al margen y por encima de los partidos, ha influido de manera tan decisiva en la última Constitución de 1946.

## LA PRENSA CATOLICA

Cuenta también con un buen número de esfuerzos y de realidades. Valga como ejemplo la buena prensa de Méjico con su influencia sorprendente. Con todo, hay que reconocer que no existen aún diarios católicos que puedan competir con los mejores no católicos. Esta y más aún la falta de grandes agencias informativas de inspiración católica son acaso las mayores lagunas en este campo. Un hecho en relación con esto: el discurso del Papa a la comadronas, que las grandes agencias americanas difundieron notablemente mutilado, dió ocasión a que aparecieran en la prensa no católica de cierto país frases tan absurdas como éstas: "O el Papa no cree en la vida eterna o no ha entendido a Jesucristo". "Hombres, mujeres y almas del otro mundo, rezad por el Papa para que Dios lo perdone". Pues bien: la falta de una agencia católica que hubiera difundido íntegro el texto del documento pontificio hizo imposible la refutación oportuna y fundamentada de errores que habían creado semejante confusiónismo.

Así podríamos seguir enumerando iniciativas de los católicos en todos los órdenes: beneficencia, colonización (territorios misionales), catequesis, cine, radio, etc. Lo expuesto basta par demostrar, por una parte, la valiente postura de la Iglesia iberoamericana en la difícil coyuntura actual, y por otra, la magnitud de la obra que todavía está por realizar.

Resumiendo esta última, propondríamos los siguientes objetivos: mayor número de sacerdotes que con su virtud y su saber consoliden las posiciones y con su saber consoliden las posiciones y con su prestigio contribuyan al fomento de las vocaciones sacerdotales; mayor respeto a los derechos de los católicos en campos tan sagrados como la educación de sus hijos y la salvaguarda de la familia; mayor libertad efectiva para las escuelas católicas; mayor número de obras sociales que demuestren que los católicos no defienden intereses egoístas; mayor influencia de los católicos en la vida política, que prepare la reforma de ciertos criterios, ilógicos y anacrónicos, de la legislación; mayor dominio de la opinión pública.

Esta ingente labor reclama con urgencia la colaboración de todos y cada uno de los católicos. — *De Ecclesia*, Madrid, Mayo 3 de 1952.

*AMERICA SIN NOMBRE*, por Jaime Peralta Peralta. En el disgramiento de la América Española, producido con ocasión de la Independencia, nuestro continente ha perdido hasta su nombre. Oíd a un francés, a un inglés, a cualquiera persona dé cualquier país del mundo y —lo que resulta más curioso y hasta cierto punto risible— también a un español o a un americano, del



Brasil o de Hispanoamérica— y sabréis que siempre que en su respectivo idioma dice América o se refiere a los americanos, indica con ello Estados Unidos. También la palabra América puede referirse a Iberoamérica, pero en tal caso, menester es agregarse el calificativo de Hispano, Indo o Latino —estas últimas, calificaciones forasteras y desagradables para los que, afincando firmemente en valores permanentes de raíz ibérica, creemos que no alcanzan a constituir cosa suficiente para individualizarnos ante el mundo cierta vaga y romántica "Latinidad" muy francesa, ni cierto hipotético volver atrás indígena.

No es culpa de Estados Unidos que, para el resto del mundo, ellos constituyan América. Es indudable que sus fundadores, a quienes hay que reconocer una visión política maravillosa, supieron bien lo que hacían al autodesignarse como "Estados Unidos de América", lo que en el tiempo en que las colonias anglosajonas nacieron a la vida libre no dejaba de tener ciertos barruntos de ridículo, ya que las trece colonias que antes de transcurrir doscientos años llegarían a ser, en potencia física y, en influencia política y económica, la primera, y buscamos algo que designe aquello que, a pesar de nosotros mismos, es una unidad.

Estados Unidos ha tomado el nombre América y lo ha hecho suyo. ¿Hay para ello derecho? No lo hay, pero la realidad es esa. A los que no somos parte de Estados Unidos y que, a pesar de ello, somos americanos, tal situación parece tan absurda como si mañana Francia, Italia o España se calificasen a sí mismas de Europa. Sin embargo, magüer el absurdo, el resto del mundo ha aceptado tal designación, pues ve que Estados Unidos es, en todo sentido, la única realidad política que existe en el continente americano. Iberoamérica es sólo una posibilidad, que el resto del mundo no está en la obligación de tener presente.

Dos son los problemas que encierra el nombre de América. Por un lado, la unilateralidad de su acepción, universalmente aceptada, referente a señalar con él a Estados Unidos. Por otra parte, la situación desmedrada en que está colocado todo el mundo hispano o iberoamericano, que carece de una designación que lo individualice concretamente. No es posible que nos contentemos con el apelativo de "mejicanos", "chilenos", "uruguayos" o "costarricenses", pues, en primer término, nuestro disgregamiento es tal, que el resto del mundo se pierde en el dédalo de nuestras personales individualizaciones; y, si agregamos a ello que la tendencia real nuestra —y también la ideal— es a sobrepasar los provinciales particularismos que nos mantienen dispersos, por tener conciencia de que pertenecemos a algo superior, común y único, dentro de lo cual somos y en virtud de lo cual los permanentes valores del bagaje espiritual y material de Hispanoamérica gozan de eternidad y de peso ante el resto del mundo, no es posible entonces que él nos satisfaga.

Se han dado nombres que individualicen concretamente a nuestra América: Isabela, Cristobalia, Colombia, Bolivia, ideas que no han tenido otra repercusión que la académica o de círculo. Pues, aunque no lo parezca, lo del nombre de América obedece a causas más profundas. Nuestro continente, a decir verdad, es "americano", siempre en una forma anfibológica. Porque aquello de que es "americano" puede significar que lo que da la norma y la pauta en América es Estados Unidos o, también, que tanto este último, como iHispanoamérica, Brasil y Canadá, pertenecen a una realidad meramente geográfica que se llama América. En suma, ambas cosas a la vez.

Pero Hispanoamérica no tendrá nombre propio sino en tanto cuanto su realidad geográfica y política dejen de ser un mosaico bizantino, y aglutinadas sus fuerzas, dispersas durante cerca de ciento cincuenta años, adquiera conciencia

de su personal destino —que es un destino único para todos los pueblos hispanoamericanos, estén ellos bajo la marejada ardiente del trópico o junto a las nieves polares— y, sabiéndolo, coja las constantes que deben marcar su desarrollo histórico. Sólo entonces desaparecerá la anfibia, pues, aun cuando el nombre de América siga comprendiendo a Estados Unidos, o éste se lo apropie definitivamente, cualquier nombre será bastante para hacer presente ante el mundo la gloriosa realidad de una masa geográfica y de un conglomerado humano y cultural que sabe por qué vive y para qué vive. - *Estudios*, Santiago de Chile, N° 223, agosto de 1952.

LA CASTIDAD ES NEGESARIA, por Alfonso Junco. — Suele pensarse que ella es cosa exclusiva de los claustros. Pero hay que poner en vívido relieve que la limpieza de costumbres es virtud medularmente social. La paz de tantos hogares y su dulce firmeza, rotas por devaneos e infidelidades; el despilfarro estúpido del dinero, tirado a los pies del vicio y hurtado a la obligación y al noble empleo; la estafa tal vez para saciar las exigencias del mal amor; los raptos y violencias cometidos por sátiros exasperados; la remoción de instintos oscuros que acompaña, tan misteriosa como evidentemente, a toda pasión sexual, y brota a cada paso en odios y riñas, asesinatos y suicidios; todo un río de desastres sociales que día a día se intensifica y ensancha, tiene por claro, turbio, origen el agravio de la pureza.

Todo lo que afiance la limpieza de costumbres, es eminentemente social. Todo lo que la enturbie y debilite, es eminentemente antisocial.

¿Mojigatería? Ni por pienso. Descarnada visión de los hechos positivos comprobables y comprobados por el educador, por el médico, por el sociólogo. Hay en el sexo una enigmática complejidad, que influye en todo el hombre, y de sutil manera lo modifica y avasalla. Anda por ahí un misterio original. Los que abogan por el nudismo, por la prostitución y por otras cosas supuestamente "naturales", diciendo que "eso nada tiene que ver", son a secas, tontos o se hacen tales: La experiencia de hoy, como la experiencia de ayer, prueba hasta la evidencia que no hay tal inocuidad. Que el ímpetu *natural* de las pasiones no se rige y señorea con esos medios presuntamente *naturales*. Que el animal, ajeno al pecado como al mérito, sigue un instinto sano y obedece las leyes de la naturaleza, sin violar nunca sus miras de perpetuación y aumento de la especie. El hombre no. Necesita combatir para mantenerse en la rectitud y en la limpieza. Tiende a enturbiar por el vicio, por la esterilidad antinatural, por toda suerte de morbosidades y degeneraciones, los designios de la naturaleza.

Para respetar la naturaleza, y además elevarla a honrosas superaciones, requiérense austeras normas, esfuerzos viriles. No es entregándose al dañado instinto, menos espoleándolo torpemente, como se alcanza lo que piden la rectitud natural y la dignidad del hombre.

Enfermedades asquerosas, contagios, lacras de herencia, repercusiones trágicas que pueblan los manicomios, como lo saben de memoria todos los médicos, dicen a gritos y muy alto lo antinatural, lo irracional del vicio. Claman muy alto que éste no se vence con sólo consideraciones materiales, que son tan claras y decisivas en su contra; que su ímpetu rompe contra toda conveniencia y razón, y que se necesita un ímpetu superior que ponga su divina vehemencia al servicio del bien personal y del bien social.

Llaman a cuentas a su propia conciencia los propagadores de la sensualidad, de la pornografía. No quieran acudir al subterfugio del arte: todos sabemos lo que es limpiamente artístico y en qué condiciones y en qué atmósfera tiene su



sitio propio. Ellos saben, como todos, que no van tras el arte, sino tras la fácil explotación de morbosos instintos.

Y donde la conciencia no sea bastante, para eso está la ley, que en todo país civilizado, si no es en algunos países de cafres y zulúes, prohíbe lo que vulnera la moral pública. La autoridad no tiene más que cumplir su deber al ejercitar su derecho.

La experiencia y la estadística gritan a grandes voces el porcentaje inmenso de delitos en que el factor sexual interviene. Si de verdad queremos ahorrar crímenes y clarificar la atmósfera social, hay dos caminos que es forzoso recorrer paralelamente: la represión interna, por convicciones altas y purificadoras; la represión externa, por prevenciones inteligentes y sanciones austeras.

Un poco de sentido común vale más en estas cosas elementales, que las pedanterías pseudocientíficas con que pierden algunos penalistas la cabeza. Favórezcanse, pues, todo lo que en la intimidad de la conciencia sirva de espontáneo freno para el mal y de alegre espuela para el bien; todo lo que en la exterioridad social sirva, primero, para dificultar y prevenir el delito, y, después, para sancionarlo con rotunda eficacia.

Pero si se hace lo contrario: si se dificultan las cosas elevadas y se facilitan las cosas bajas; si no se previene con talento ni se castiga con vigor, no nos asombre el lógico remate. Porque nos pareceríamos, como los "hombres necios" de Sor Juana: *"al niño que pone el coto y luego le tiene miedo"*.

— *Revista Javeriana*, Colombia, 1951.

## CASA ASTESIANO

En cualquier punto de la ciudad y campaña

LAVALLE 1913 ❖ T. E. 47 - 7716

Servicios de banquetes, casamientos, fiestas sociales, etc.  
**Personal competente**



ALQUILER DE MESAS, CUBIERTOS, PORCELANAS, CRISTALERIAS, Y MANTELERIAS.